

DIEGO.

Diréisle al rey de Leon,
 al mostrarle mi tesoro, (Por Margarita.)
 que le ofrezco contra el moro
 mi espada y mi corazon.
 Pero que no siendo así,
 juzgo inútil todo empeño,
 pues ya no hay nada halagüeño
 en la córte para mí.
 ¡Decidle que antiguas cargas
 no convienen á mi edad!...
 ¡diréisle á su majestad...
 que es viejo SANCHO DE VARGAS!

FIN DEL DRAMA



4

LA PRIMERA LÁGRIMA,

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS.

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro
ESLAVA la noche del 19 de Abril de 1874:

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 10.
1876.



PERSONAJES.

ACTORES.

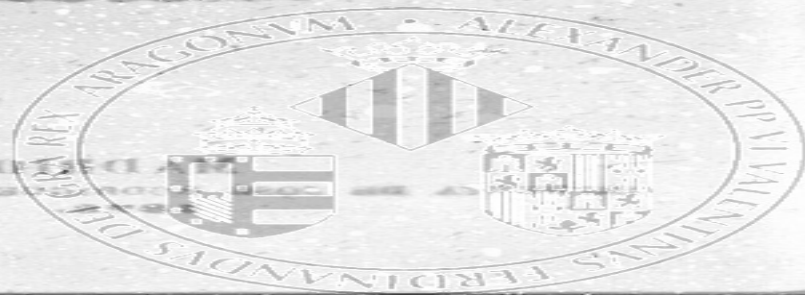
MARÍA.....
GERMAN.....
EL DOCTOR.....
CÉSAR.....

SRTA. GARCÍA.
SR. MARISCAL.
SR. LOPEZ.
SR. ARANZABAL.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullón, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.
Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLÓN, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



A MI HIJO.

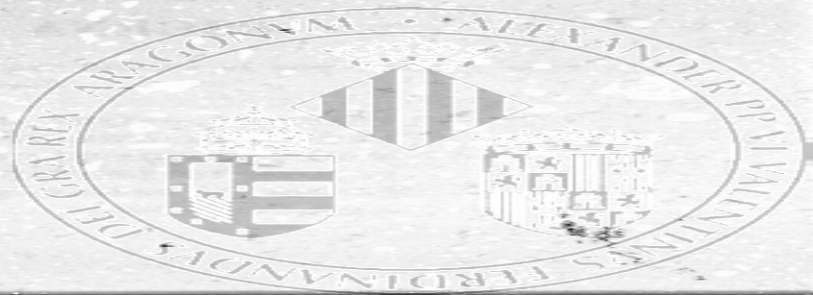
Mi querido Pepe: Tuyo es el título de esta obra: tú la bautizaste: á tu lado, consultando contigo, la escribí: justo es que nuestros dos nombres aparezcan unidos en su primera página. Recibe esta pequeña muestra del inmenso cariño que te profesa tu padre

El Autor.



MI HIJO

El dñe Pedro Tavo de el título de esta
obra en la biblioteca de la lade. Constatando
conigo la escriba. Esto es que misos
nombres aparecen unidos en su primera
parte. Hecho esta por el mismo del
corno que se protesta en parte.



ACTO UNICO.

Interior de una casa de campo, modesta, pero de agradable apariencia.—Ventanas en los primeros términos.—Puertas en los segundos.—Puerta grande en el foro, por la cual se deja ver el monte y una cascada.—A los lados de la puerta del foro dos grandes rejías, cubiertas de enredaderas.—En las dos ventanas de los primeros términos, vacías macetas con flores.—Una mesa con tapete verde cerca de la ventana derecha.—Un sillón y otros muebles de nogal.

Al levantarse el telón aparece la escena sola, y se ve cruzar por el monte un rebaño.—Se oirá el canto de las aves y el sonido de algunos cercerros pequeños.—Época, 1727.

ESCENA PRIMERA.

Sale MATIA por la puerta izquierda, y se dirige á la puerta derecha.

Duerme.—Que el cielo proteja,
padre, tu tranquilo sueño,
y al par que el cuerpo repose,
repose tu pensamiento.
(Cruza la escena y se acerca á la ventana iz-
quierda.)



Pronto se despide el día:
ya se advierten los reflejos
del sol dorando los montes
con sus últimos destellos;
ya la avecilla á su nido
dirige su raudo vuelo,
despidiéndose del día
con amorosos gorgoros;
ya torna el tranquilo arroyo
en sombras el limpio espejo
de sus aguas cristalinas,
y ya el torrente soberbio
reanima la blanca espuma,
presentándose altanero
cual ancha cinta de plata
que pende del firmamento.
La blanca luna aparece
á presidir los misterios
de la noche, con su escolta
de estrellas y de luceros.
La flor su pétalo oculta
al rigor del duro cierzo,
y ya la tristeza extiende
sus alas dentro del pecho,
y su corazón palcíta
lago de amor por su dueño.
Vuelve, mi bien; que tus ojos
son las luces porque muero.
Tú eres mi sola alegría;
vuelve, sí: que de mi seno
dulces suspiros se escapan
para salir á tu encuentro.
Claras aguas que hasta el llano
vais en tropel descendiendo,
arroyo en que yo me miro,
flores que bebeis mi aliento,
aves que escucháis mis quejas,
decidle cuánto lo quiero
(Queda un momento apoyada en la ventana



ESCENA II.

MARIA, el DOCTOR y CÉSAR.

El Doctor y César aparecen hablando al foro.

DOCTOR. Penosa es la senda.
 CESAR. Sí.
 DOCTOR. A pesar de lo que fueron,
 ya mis piernas se resisten
 á militares paseos.
 CESAR. Entrad, pues, y descansad.
 (María se vuelve al oír la voz de César.)
 DOCTOR. Sí, César; los dos lo haremos,
 y despues baja á la ermita
 y que todo esté dispuesto,
 Dios sea loado. (Entran en la escena.)
 MARIA. (Con alegría.) ¡Doctor!
 DOCTOR. Adios.
 MARIA. (Por César.) (Me lo trajo el ciclo.)
 Habeis visto al ermitaño?
 DOCTOR. No; pero pienso ir á verlo.
 Quiero ver si algo consigo
 probando el último esfuerzo.
 MARIA. ¡Siempre de la caridad
 en pos!
 DOCTOR. No hay nérito en ello.
 Cumpló un sagrado deber.
 Si en los años que partieron
 para no volver jamás,
 trepé por montes y cerros
 causando males y heriadas
 de mi conciencia á despecho,
 hoy, á pesar de mis años,
 por los montes atravieso,
 curando heridas y males
 de las otras en descuento.
 Pago mi deuda, y en paz
 ¿Y bien, cómo está el enfermo?
 MARIA. Cada vez peor.
 DOCTOR. ¿La noche,



MARIA. la pasó mal?
Sin sosiego.
El espantoso delirio
no le ha dejado un momento.
Tuvo una atroz pesadilla.

DOCTOR. Bien; no te asustes por eso,
que la mente extraviada
es un botiquin revuelto.
Está como aquel que lleva
la muerte dentro del pecho,
esperando una ocasión
para cortarle el aliento.
De reposo necesita,
y su carácter inquieto
le mata.

MARIA. Prohibidle vos
que se irrite.

DOCTOR. Vano empeño.
Siempre le estoy predicando,
mas desoye mis consejos.
Mil veces le he repetido
que si comete un exceso,
el día ménos pensado
hablando se queda muerto.
La aneurisma es como el áspid,
que al derramar su veneno
liere de muerte.

MARIA. Doctor,

DOCTOR. salvadle.
Solo los cielos
pueden hacer un milagro,
y á mí no me es ódado hacerlos.

MARIA. ¡Pobres! Si llorar pudiera,
tal vez hallara consuelo.
Siempre sus cárdenos labios
estén sin cesar diciendo:
¿Primera lágrima mía,
dónde estás que no te encuentro?

DOCTOR. ¿Es un hombre incomprendible,
no es verdad? ¡Hay un misterio
en su vida! ¿Él no te ha hablado
nunca de pasados tiempos?



MARIA. No, señor. Me recogió cuando mis padres murieron.

DOCTOR. Hace diez años.

MARIA. Eso es.

DOCTOR. Tú tenías siete.

MARIA. Cierto.

DOCTOR. Siete años cumplí yo el día que llegé German al pueblo.

MARIA. Conque al parecer tus padres en un pavoroso incendio...

DOCTOR. German me salvó. Si tal.

MARIA. Es compasivo.

DOCTOR. En extremo.

MARIA. Y rico.

MARIA. Con esta quinta lo necesario tenemos.

DOCTOR. Es muy extraño que habite aquí, tan cerca teniendo San Martín de Valdeiglesias, donde hay sociedad, recreos.

MARIA. La sociedad le incomoda.

DOCTOR. Pues señor, no lo comprendo.

MARIA. Me dijiste que de América había venido.

DOCTOR. Así al menos lo dijo.

MARIA. Ha sido soldado.

DOCTOR. Sí, señor.

DOCTOR. (En fin, veremos si consigo que se explique tan claro como deseo.)
Voy a ver qué tal se encuentra. Buena compañía te dejó. Un bizarro capitán que lidió con ardimiento en contra del archiduque en propositos y extraños rines. Há tres meses que llegó de gloria y polvo cubierto. ¡Tan joven y ya lidiar!

MARIA. Los pocos años son buenos para trepar por los montes



CESAR.

y combatir con dentedo
Si á los veinticuatro años
el hombre no sabe arlo
no sé para cuándo espera
demostrar su valimiento

DOCTOR.

Veinte años he defendi
del rey Felipe los fueros,
y hoy que la vejez me agobia
con su formidable peso,
cumpliendo como buen hijo
y como español cumpliendo
en las cuestiones de honor
él debe ocupar mi puesto.
En el filo de esta espada,
escrito mi nombre tengo

CESAR.

con sangre que el enemigo
derramó impotente y ciego;
Si está bien ó mal templada;
si han sido sus golpes ciertos,
el duque de Vendôme puede
daros cuenta de sus hechos;
ó preguntado si no
á las tropas del imperio.

La sangre que en vuestras venas
circula en las mias, siento,
y no habré de ser la menguante
de padre tan caballero.
Si al nacer, de vuestros padres
heredasteis el esfuerzo;
si demostrasteis al mundo
vuestro corazón de hierro
fundido en el vuestro al rojo
iguales los considero;
no produce débil ena
nunca el roble culpá
Del rey Don Felipe quinto
por defender los derechos,
di rienda suelta á mi potro
y al aire el brillante acero.
Si está mal ó bien templado,
que lo digan los flamencos.

MARIA.

¡Bien, César!



DOCTOR.

Es hijo mío.
que pase adentro.
César, trata de alegrarla.
Yo por mi parte no puedo
por mucho que lo procure:
que no pueden los cabellos
blancos inspirar el gozo
que inspiran los rizos negros.
Después que hayas descansado,
baja á ver al pobre viejo,
y dile que pronto irá.

ESAR.

DOCTOR.

Está muy bien.
Hasta luego.
(Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

MARIA y CÉSAR.

CESAR.
MARIA.
CESAR.

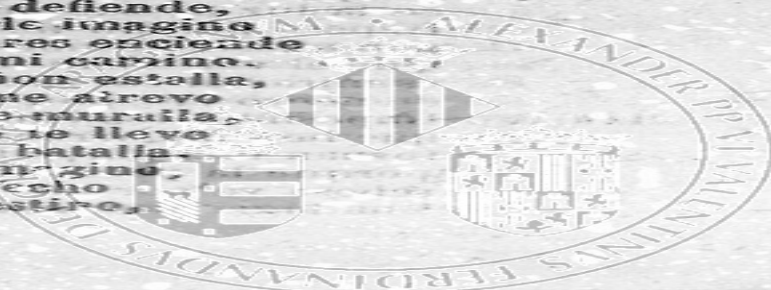
Mi bien.
Don César!
Maria,
de tus ojos los enojos
suspende en punto, alma mía:
que no alumbra el claro día
cuando están tristes tus ojos.
Y cuando la noche avanza
con negras sombras tranquilas,
mi vista á mirar se lanza,
porque cifra su esperanza
en la luz de tus pupilas.
Reposa por un instante,
por nuestro amor te lo pido.
Que el ver triste tu semblante,
es mirar al sol radiante
de negro crespón vestido.
Imposible: los enojos
que hoy me arrebatan la calma,
tornan mis párpados rojos,
porque la pena del alma
rebosa ya por mis ojos.
Una lágrima fundida

MARIA.



en los crisoles del duelo
huye del alma afligida,
y en vapores convertida
sube de la tierra al cielo.
Dejad que mi llanto vuele;
que convertido en vapores
al trono de Dios apele,
y que por mi padre vele
quien vela nuestros amores.
Así lo hará, dueño mio:
consuela tu pena amarga;
confía cual yo confío,
y ese dolor que te embarga
cederá, yo te lo fio.
Mitiga, pues, tu aflicción:
si la muerte el golpe rudo
descarga en su corazón,
mi brazo será tu escudo
y mi amor tu galardón.
Recoge el raudal de perlas
que viertes, id, lo mio.
¿No comprendes al verterlas,
que en mi amante desvarío
sediento estoy por beberlas?
No quiero verte llorar.
Tu sonrisa es mi sonrisa,
y tus penas mi penar,
y mi delirio besar
el polvo que tu pie pisa.
Este retrato divino (Lo saca del pecho.)
en las lides me defiende,
porque al mirarle imagino
que el cielo altares enciende
para alumbrar mi camino.
Y cuando el cañón estalla,
á todo, á todo me atrevo
con mi pecho de muralla,
porque conmigo te llevo
á los campos de batalla.
Invencible me imagino,
y combato satisfecho
seguro de mi destino.

CESAR.



cuando defiende mi pecho
este retrato divino.
Ángel puro de candor,
tú eres mi amparo mejor
por más que al mundo no cuadre;
que no hay bala que taladre
el escudo de mi amor.
Siempre te llevo conmigo:
y entre los disparos rojos
mirar tus ojos consigo,
y más que el fuego enemigo
brilla el fuego de tus ojos.
No hay victoria que no sea
á mi ardimiento menor
como á mi lado te vea;
que tú me dices: pelea,
y peleo con valor,
y lucho con brazo fuerte
los peligros despreciando,
porque me figuro al verte
que no me ha de herir la muerte
cuando tú me estés mirando.
Da treguas al desvarío;
no temas el golpe rudo,
que contra el destino impío
te defiende el brazo mío
y mi amor será tu escudo.
¡César, qué felicidad!
¡Dios de infinita bondad,
tú que domas las tormentas,
á mis ojos lo preservas
cual faro en la tempestad!
Decís que mis ojos son
los que alumbran vuestras vuestras.
Es verdad: tenéis razón...
los vuestros son las estrellas
que marcan mi salvación.
En mi amoroso deseo
lanza mi pecho un suspiro
cada instante que no os veo,
y al volveros á ver creo
que un cielo á mi lado miro.

MARIA.



Piedad, don César, reclamo,
 si lo que digo no sé,
 y si al decirlo me infamo,
 yo tan sólo sé que os amo
 y que siempre os amaré.
 Si es un delito el amar,
 más delito es el fingir.
 Don César, debe callar.
 Vos sabreis adivinar
 lo que no puedo decir,
 y adios, que el anciano espera,
 y nuestro padre os lo ordena.
 Si mi amor os detuviera,
 cruel y egoísta fuera,
 ¿Tardareis en volver?

CESAR.

En cuanto deje cumplida
 su orden, tras de su calma
 volará mi alma a ligeros
 Adios, alma de mi vida,
 Adios, vida de mi alma,
 (Vase César.)

MARIA.

ESCENA IV

MARIA, y a poco el DOCTOR.

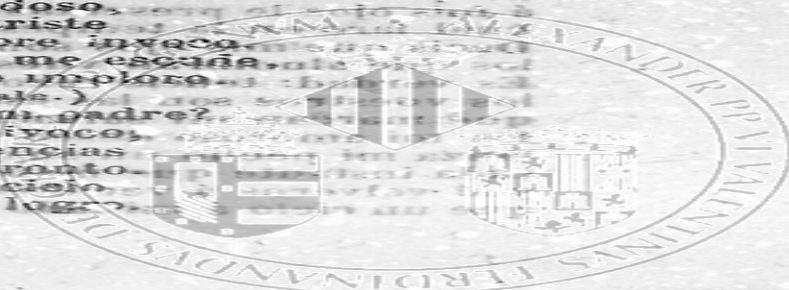
Reina de los cielos,
 de virtud acopia,
 Madre immaculada
 del Señor piadoso,
 perdona si triste
 vuestro nombre invoco,
 Que su amor me escucha,
 por piedad lo imploro.

(Al Doctor, que sale.)

DOCTOR.

¿Cómo está mi padre?
 O yo me equivoco,
 o de sus dolencias
 se divorcia pronto.
 Bendigaos el cielo,
 si tanto bien logro.

MARIA.



DOCTOR.

¿Y ahora que la suerte
me permite el gozo
de mirarte á solas,
me dirás qué noto
en esas miradas
que giran en torno
buscando afanosas
un algo que ignore?
Tu semblante de ángel,
á la vez que hermoso,
pálido se encuentra.
Habla sin rebozo.
Mi padre...

MARIA.
DOCTOR.
MARIA.
DOCTOR.

Sin duda
Por mi padre
Y es justo. Mas creo
que además hay otro
motivo, de tu alma
en lo más recóndito.
Veo dos sentimientos
luchar afanosos.

MARIA.

Sé franca conmigo,
Yo os lo diré todo
si me dais palabra
de esquivar enojos.

DOCTOR.

Te la doy, María.
Mi palabra otorgo.

MARIA.
DOCTOR.
MARIA.

¿Y me oiréis con gusto?
Sí, te oiré gustoso.
Pues rompo el silencio
y el miedo abazcano.
Perdon, si te largo
el relato tomo.

Érase una tarde
del abril frondoso.
La brisa apacible
meceía en sus troncos
las flores lozanas,
los tiernos pimpollos
que al pie de mis rajas
crecían dichosos,
yo los contemplaba



con ánimo absorto,
al par disfrutando
su aliento oloroso,
cuando de repente
se ofrece á mis ojos,
de noble apostura,
montando ágil potro,
mancebo gallardo
de pálido rostro,
de negros cabellos,
luciendo orgulloso
su espada brillante,
su espuela de oro.
El paso detuvo
del bruto brioso,
que inquieto las piedras
tornábalas polvo,
y al pie de mi reja
detúvose un poco.
Mirándonos ambos
quedamos absortos.
Un tierno suspiro
rompió silencioso
la cárcel del pecho
tan dulce, tan hondo,
que estando á su lado
apenas le oigo.
Bajé yo la vista,
y el justo sonrojo
mi f-z enrojece:
Mas... yo no sé como,
mis labios cerrados
se abrieron de pronto
al mágico inflajo
de amante sollezo,
y su hondo suspiro
y mi ¡ay! misterioso,
unidos volaron
en dulce coloquio.
«Te adoro,» me dijo,
y huyó presuroso.
Su tímido acento



me hirió de tal modo,
 que siempre en mi oído
 le escucho sonoro.
 Las hojas caídas
 que alfombran el lodo,
 y el céfiro blando
 que gime armonioso,
 y el ave que trina,
 y el límpido arroyo,
 y el río y la fuente
 con lánguido tono
 parece que dicen:
 ¡Te adoro!... ¡Te adoro!
 Pues bien, el mancebo
 era...

DOCTOR.

Lo supongo.

MARIA.

Era César.

¡Cielos!

DOCTOR.

¿Quién lo dijo?

El rojo

carmin que al nombrarle
 colora tu rostro.

MARIA.

Sereis adivino.

DOCTOR.

No, viejo y celoso
 del bien de don César
 y del tuyo propio.
 De estos mis caballos
 los neyados copos,
 la experiencia indican
 que lo acierta todo.

MARIA.

¿Lo sabe tu padre?
 No señor; ¿ni cómo
 decirse lo pude,
 si en delirios locos

DOCTOR.

el mal le esclaviza?
 Pues tu amor acójelo.
 Te doy mi palabra
 de uniros muy pronto.
 Hija de un soldado
 de lealtad y sombrero,
 de honradez y modo,
 que luchó anitioso



por la justa causa,
por tu causa abogo.
Él te ama: tú le amas:
tu virtud conozco:
¿honrada y hermosa,
qué más ambicioso?

MARIA.

Señor, dispénsadme
si á sus piés me postro.

DOCTOR.

Levanta. En mis brazos.

Tan rico tesoro
no debe quedarse
en el mar innoto
de la triste vida
sin un apoyo.
Tabla de un naufragio,
nave sin piloto,
navegar no debe,
naufragará pronto.
Unidos en lazo
de amor venturoso,
gozad de estos días,
que aunque son tan cortos,
para el mal son muchos,
para el bien son pocos.

ESCENA V.

MARIA, el DOCTOR y GERMAN.

GERMAN.

¡Dejadme! ¡Dejadme ya!

MARIA.

¡Padre!

DOCTOR.

¡German!

GERMAN.

¡No me dejan
esos fantasmas horribles
que en torno mio valsean!

DOCTOR.

Venid; reposa un poco
y olvidad esas quimeras.

MARIA.

Padre! No llores, María.

GERMAN.

Tus lágrimas me molestan.
Mostrarle el agua al sediento
cuando no puede beberla,



es no tener caridad,
es demasiada inclemencia.
Por qué no lloras conmigo?
¡Ay de mí! ¡Si yo pudiera
llorar!

MARIA.
GERMAN.

DOCTOR.
GERMAN.

Pues hacedlo. ¿Y cómo,
cuando los ojos se niegan?
DOCTOR. Calma. Nada conseguimos
sin domar la violencia
de vuestro carácter.

MARIA.
GERMAN.

Sí.
Decid al río que tuerza
su curso; al sol que no alumbres;
que no brillen las estrellas;
y decidle al mar bravío
que al retirarse no vuelva;
que el mundo rompa los ojos
que le dió la Cma. potencia,
y al león que se despoja
de su natural fereza,
y no me pidais á mí
que domine mi soberbia.
Así me formó el destino
y así es preciso que muera,
que yo deshacer no puedo
lo que hizo naturaleza.

DOCTOR.

Pero os dió el conocimiento,
el instinto.

GERMAN.

Ya serena.
está mi mente. — ¿María,
huyes de mí? ¿No te acercas
á tu padre?

MARIA.
GERMAN.

Me dais miedo?
Ven á mi lado. No temas.
¿Me quieres, no es verdad?

MARIA.
GERMAN.

Mucho.
¿Qué galana estás! ¿Qué bella!
(Acercándose y rechazándola en seguida.)
¡Esa palidez me agusta!

DOCTOR.
GERMAN.

¡Cierto; estás como la cera!
¡Como la cera!... ¡es verdad!



MARIA. ¡El color de la tristeza!
GERMAN. ¡Del martirio! ¡De la muerte!
MARIA. Siempre las mismas quimeras!
GERMAN. ¡Ay de mí!
DOCTOR. ¿Por qué suspiras?
GERMAN. Porque el suspiro es la esencia
del dolor. Atomo leve
de un corazón que en pavesas
convertido, extiende el vuelo
hasta la mansión eterna.
DOCTOR. El que una deuda contrae,
justo es que pague su deuda.
GERMAN. Hay débitos tan enormes,
que no bastan las riquezas
de toda una vida acaso
para pagarlos.
DOCTOR. Se dejan
sin pagar, que Dios perdona.
Dejemos esa materia,
que se entristece María,
cuya candidez extreme
padece, y d'herme intranquila
y con mil fantasmas sueña.
GERMAN. ¡Pobre María!
MARIA. Esta noche
pensé que mi hora postrera
había llegado.
GERMAN. ¡Ángel mío!
MARIA. ¡Qué pesadilla! Aún me aterran
sus tristes recuerdos.
GERMAN. ¿Sí?
MARIA. Era una noche en que apenas
los árboles se veían;
no brillaban las estrellas;
el huracán azotaba
las ramas con saña fiera;
se escuchaba el mar rugiente
quebrarse en las duras peñas;
el torrente descendía
sobre la enlutada piedra,
cual río de sangre irviente
que enrojecía sus grietas;



y el resplandor de los rayos
iluminaba la tierra.

DOCTOR.
MARIA.

¡Pobre niña!
De repente

un patíbulo se eleva
sangriento, terrible, fiero;
y rodando, una cabeza
de su cuerpo desprendida,
gritaba con voz severa:

¡Véngame de mis verdugos!
Quise huir; pero sujeta
me encontré por una mano
de negra sangre cubierta,
que me arrastraba gritando:

¡Ven conmigo! ¡Suelta! ¡Suelta!

El sin oírme me arrastra,
Se debilitan mis fuerzas
y al rodar hacia un abismo,
la zozobra me despierta.

(Durante esta narración, Germano dejará ver la impresión que le causan las palabras de María. El Doctor no deja de observarle.)

¿Qué teneis?

DOCTOR.
DOCTOR.
GERMANO.
MARIA.
DOCTOR.

Yo? Nada.

(Qué elocuente es la inocencia!)

Todavía me estremezco

Evitad que se etremezca,
y hablaremos, si os parece,
de cosas más bajagüñas.

Conque si esta hermosa niña
nos otorga su licencia,
podremos quedarnos solos.

(Ap. á María.)
(La entrevista te interesa.)

Bien está. No estorbaremos
Padre...

MARIA.
GERMANO.
MARIA.

Adios.

(Váse puerta izquierda.)
Que él os proteja.



ESCENA VI.

GERMAN y el DOCTOR.

DOCTOR. Aun cuando el asunto importa,
yo procuraré abreviar.

GERMAN. Y aunque me voy á sentar
la entrevista será corta?

GERMAN. De ella estoy muy satisfecho
porque hablaros deseaba.
DOCTOR. mi vida se acaba
y quiero abriros mi pecho.

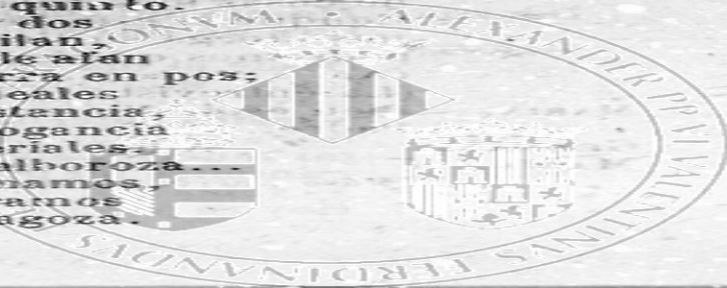
DOCTOR. Hablad, pues.

GERMAN. Primero vos.

DOCTOR. Lo haré, que soy obediente,
y vereis cuán fácilmente
nos entendemos los dos:
pues no me es áado olvidar
los años de mi campaña,
y aunque doctor, me acompaña
la franqueza militar.

GERMAN. Sé que habeis sido soldado.

DOCTOR. Al ver á mi patria en guerra
defender quise mi tierra
como bueno y como honrado:
y con la tizona al cinto
al par que á la patria mia,
los derechos defendía
del rey don Felipe quinto.
En mil setecientos dos
juntos fuimos á Milan,
llevados de un noble alán
más que de la guerra en pos:
y allí con pechos leales
y con heroica constancia,
humillamos la arrogancia
de las tropas imperiales.
Aún mi pecho se alborozó...
En fin, al año tornamos,
y las córtes celebramos
con el rey en Zaragoza.



Entonces me retiré
del servicio militar,
consagrándome á curar
heridas que no causé.
Os hago esta relacion
porque sepais quién he sido
y quién soy. He concluido.
Vamos á la otra cuestion.
Este aislamiento en que os miro,
no lo comprendo.

GERMAN.
DOCTOR.
GERMAN.
DOCTOR.
GERMAN.

Yo sí.
¿Cómo es que habitais aqui?
Porque aqui, Doctor, respiro
Y en otro sitio no?

No.
¿No habita el leon el desierto?
Pues no es extraño, por cierto,
que habite en un bosque yo.
Me gustan anchas praderas,
ver espacios y horizontes...
Los desiertos y los montes
se hicieron para las fieras.
De la injusta sociedad
el yugo opresor me aterra...
Sin duda vine á la tierra
hambriento de libertad,
y á la pereza rehacio,
crucé su áspero sendero
como el alcon altanero
que se cierne en el espacio.
No era mi sospecha vana.
Hay un misterio en vos.

DOCTOR.

GERMAN.

Si.
Desde el día en que nací
soy... una desdicha humana.
Hoy, que creo adivinar
vuestro paternal deseo;
hoy, que tan cercana veo
mi muerte, sin vacilar,
cumpliré mi obligacion
y valga por lo que valga.
Hoy es preciso que salga



DOCTOR. al labio mi corazón.
GERMAN. Vuestra hija...

DOCTOR. Inútil afán.
GERMAN. ¡No me dejais concluir!
DOCTOR. Doctor, me vais á decir
GERMAN. que mi hija ama al capitán.
Me enaltece lo indecible
boda de tal valimiento...
pero...

DOCTOR. Qué?
GERMAN. Escuchad atento,
y oireis una historia horrible.
(German se levanta y cierra todas las puertas.)
Ya que así al cielo le plugo,
la verdad á saber vais.
(German da la mano al Doctor.)
Sabeis qué mano estrechais?

DOCTOR. No.
GERMAN. La mano de un verdugo.
DOCTOR. Qué me decís!

GERMAN. La verdad.
No extraño vuestra sorpresa!
Si mi historia os interesa,
yo os la contaré: escuchad.
DOCTOR. No es fatigüeis, por favor
calmaos.

GERMAN. Me calmaré,
pero todo es lo diré;
que vos sois mi confesor.
Nací de padres honrados:
hombre, senti á mi despecho
que amor clavaba en mi pecho
sus dardos envenenados;
y con tanta exaltación,
rendí al amor vasallaje,
que amé como ama el salvaje,
fiero, indómito león.
En mi ciego frenesi,
al lograr mi bien ansiado,
hallé amor esclavizado,
y dije, fuera de mí:
si el amor es sentimiento



que Dios en el alma imprime;
ángel de paz, bien sublime
de eterno merecimiento;
si igual que el rey el pastor
sienten su apacible calma;
si amor es hijo del alma,
debe ser libre el amor.
No es extraño que las hienas
y los tigres carnívoros
parezcan mansos corderos
si los cargan de cadenas.

DOCTOR.

Si libres en el amor
pudieran ser los mortales,
cuantas penas, cuantos males,
tuvieran que lamentar!
¿Qué sería de las madres,
y sus cuidados prolijos?
¿Qué sería de los hijos
sin conocer a sus padres?
Del vicio el camino abierto,
todos tras él correrían,
y al fin se destrozarían
cual las fieras del desierto.
Hasta que Dios enviara,
para cortar la malicia,
un rayo de su justicia
que el mundo entero abrasara.
No habléis de ese fiero Alud
que me arrastró en su furor;
¡Maldito sea el amor,
que desdena la virtud.

GERMAN.

Es verdad; razón tenéis;
Muy tarde lo he conocido!

DOCTOR.

No, si estais arrepentido
seguid y no os fatigúeis.

GERMAN.

Veintidos años de edad,
apenas cumplido habia,
y ya sin padres, vivia
en completa libertad.
Sujeto al influjo loco
de mi altivo pensamiento,
para mi indómito aliento



el mundo entero era poco.
Un día, á una jóven ví,
perla de encanto divino,
y al hallarla en mi camino,
por su amor enloquecí,
Desde entonces me encontré
al pie de su reja, amante,
y al ver mi pasión constante,
á mis quejas respondió.
Me dijeron... Á esa perla,
no codicieis: tiene dueño.
Entonces, con más empeño
me obstiné yo en poseerla,
y al cabo lo conseguí,
Penetré cual malhechor
en su casa, y su candor
luchó en vano: le vencí.
Pasó el tiempo, y un día,
me dijo: *¡Suerte inhumana;*
Juan, me desposan mañana:
mi deshonra es descubierta!
Vi á su amante: le reté;
sacamos nuestras espadas;
cruzamos tres estocadas,
y á la cuarta le maté.
No hubo traición: fué su sino.
Me persiguió la justicia,
y el mundo, cea su malicia,
me ca uannió de asesino.
Preso al poco tiempo me hallaron,
me defendí; en vano lidié
contra mi suerte... Un presidio
fué de mi proceso el fallo.
¡Cinco años de esclavitud,
de hambre, de sed y de frío!
Se endureció el pecho mío,
y aborrecí la virtud.
Justo Dios!

DOCTOR.
GERMAN.

¡Cuánta impiedad!
¡El crimen me abrió su seno,
la hiel se bebió en veneno,
y el heroísmo en cruz!



DOCTOR.
GERMAN.

Misera suerte!

! Cumpli
el tiempo de mi condena,
y libre de mi cadena
ante el mundo aparecí.
Corro, pregunto en seguida
por mi amor: *No existe!* ¡Oh!
cuánto sufrí!

DOCTOR.
GERMAN.
DOCTOR.
GERMAN.
DOCTOR.
GERMAN.

Sueñó? Murió al darle á su hijo vida.
Fué madre?

Sí. ¡Dios eterno!

Loco... ciego... delirante
me ví. Desde aquel instante
mi existencia fué un infierno.
Entonces pensé en la huida:
cambié mi nombre de Juan
por el nombre de German,
y buscando nueva vida,
á la América mi saña
me llevó. — Pronto se supo
quién era, y allí me cupo
igual suerte que en España.
Unos, como de un leproso,
hasta de mí vista huían,
y otros de mí se escondían
como de un perro rabioso.
Si al pie de un confesorario
me acercaba con temor,
oía á mi alrededor
murmurar. ¡El presidiario!
¡Ye para ti no hay piedrá!
me dijo el mundo en su encono.
¡Perdóname! *No perdono!*
respondió. En mi ceguera,
resolví. ¡Si al cielo plago,
yo haré que mi vista asombre!
¡Ya que es mi verdugo el hombre,
del hombre seré verdugo!
Y dije al mundo inhumano.
«si con mi mal te diviertes,



yo tambien.»—¡Más de mil muertes
 ejecuté por mi mano!
 Y á la vez que ejecutaba
 mi pecho se endurecía,
 y mi delirio crecía,
 y mi embriaguez se aumentaba;
 y eran mis grates contentos
 ver correr el llanto á mares,
 y entonar dulces cantares
 al compás de los lamentos,
 cuando el reo á la capilla
 pasaba del calabozo,
 mientras yo, ébrio de gozo
 afilaba mi cuchilla.

DOCTOR.
 GERMAN.

Tal influjo acazaba
 en mi ser este odio ciego,
 que cual serpiente de fuego
 por mis venas circulaba,
 Y era tanta mi alegría
 al mirar un cuerpo inerte,
 que me hubiera dado la muerte
 por gozarme en mi agonía.

DOCTOR.

Engaño: funesto engaño
 que el necio rencor alcanzaba,
 El placer de la venganza
 es un placer que hace daño,
 Dios manda la compasión
 y el perdón del enemigo,
 porque no hay mejor castigo
 que el castigo del perdón.

GERMAN.

Es verdad: ¡Qué necio fui
 Con ciego rencor profundo
 vengarme quise del mundo,
 y al mundo vengué de mí mismo.
 Con la humanidad en guerra
 por la venganza impulsado,
 soy el ser más desgraciado
 que existe sobre la tierra.
 A pesar de lo que fui,
 cuando al centineto cedí
 llorar quisiera y no puedo.



que no hay lágrimas en mí.
Porque es mi infortunio tanto,
que el cielo en justos enojos
no le permite á mis ojos
ni aun el consuelo del llanto.

DOCTOR.

¡Terrible revelacion,
German, me acabais de hacer!
¡Qué horrible es á veces ver
el fondo de un corazón!
Fuisteis cruel, lo concedo,
pero hoy vais del bien en pos.
Dejad que os escuche Dios,
y llorad, llorad!

GERMAN.

No pueda
Porque es tanta la amargura
que en mí el infortunio vierte,
que ya el alma se divierte
con su propia desventura.
Dicen que mi furia loca
jamás dominar podré,
y dicen que moriré
con la blasfemia en la boca.

DOCTOR.

GERMAN.

Rogad á Dios.
Yo rogar!

DOCTOR.

(Sin altivez, con terror.)
Y en dónde? Lo intento en vano
Nunca le falta á un cristiano
un rincón donde rezar.
Cuando se acerca el morir
se da el rincón al olvido.

GERMAN.

Si yo estoy arrepentido,
¿cómo os lo habré de decir?
Marchitar mi rostro dejó
sin poderle contemplar.
Que no me puedo mirar
á solas en un espejo,
ni jamás me inspiraré,
porque su verdad me esombra.
Miro en su cristal la sombra
de aquellos que yo maté,
y mil cráneos apiñados
que me llenan de terror,



y veo á mi alrededor
espectros ensangrentados
que me arrastran de un abismo
hacia el pavoroso centro,
y cuando á solas me encuentro
tengo miedo de mí mismo.

¡La vida! ¡Funesta vida,
los cielos me han concedido!

¡Señor, la muerte te pido!

¡Ten piedad de un homicida!

DOCTOR. ¡Cómo deciros, no sé
que no deheis exaltaros!

¡Os empeñais en mataros!

GERMAN. ¡Qué mucho! ¡Á tantos maté!

DOCTOR. ¡Me exasperais! Más cordura,
Bajad, bajad el acanto.

Y sed humilde un momento.

GERMAN. ¡Humildad yo! ¡Qué locura!

Aunque quiera no está en mí.

Vino al mundo de ella escaso.

¿Tengo yo la culpa, acaso
de nacer como naeí?

La injusta naturaleza
para mi condenacion
me dió mucho corazon,

pero muy poca cabeza;

y por eso, á mi pesar,
nunca supe discurrir.

DOCTOR. (¡Cómo ha de saber sentir
el que se sabe pensar.)

GERMAN. Cuando del segur el filo
corte mi vida azarosa,

yo creo que hasta en la fosa
me rebulliré intraguido.

DOCTOR. ¡La encina más dura y fuerte
se quiebra cual pobre arista!

¡Que no hay titan que resista
el impulso de la muerte!

GERMAN. Si la muerte se buccára
sin disfraz: si pecho á pecho
me disputase el derecho
de la vida, cara á cara



os afirmo, y no os asombre
ni me tengais por impio,
sólo con el brazo mio
eterno se hiciera el hombre.

DOCTOR. ¡Cadenas tiene la muerte
imposibles de vencer!

¡No existe humano poder
que rompa su lazo fuerte!

GERMAN. ¡Contra el coraje iracundo
no hay valla que se levante!

¡Para el huracan gigante
no hay cadenas en el mundo!

DOCTOR. ¡Pero las hay en el cielo!

Basta, German: si seguís
os dejo.

GERMAN. ¡Qué me decis!

¡Dejarme vos, mi consuelo!

DOCTOR. Pues bien, hablemos con calma.

GERMAN. Con calma hablaré, Doctor.

DOCTOR. ¿Quereis hacerme un favor?

GERMAN. ¡Si quiero! Con vida y alma.

DOCTOR. Tengo una curiosidad.

Me interesó vuestra historia,
y ella trae á mi memoria...

Os exijo la verdad.

GERMAN. La verdad oiréis de mí.

DOCTOR. ¿Qué año fuisteis preso vos?

GERMAN. En mil setecientos dos.

DOCTOR. ¿En Madrid?

GERMAN. En Madrid, sí.

DOCTOR. ¿Del jóven que la existencia

dió en defensa de su amada;

cuál era el nombre?

GERMAN. Moncada.

DOCTOR. ¡Moncada! ¡Dios de clemencia!

GERMAN. ¿Qué tenéis?

DOCTOR. ¡Ese era el nombre!

¿Y el de la niña inocente?

GERMAN. Herminia de Benavente.

DOCTOR. ¡Cielos, qué dice este hombre!

Hoy en vuestro desvario

os olvidais, á mi ver,



que el nombre de esa mujer,
es el mío!

GERMAN.
DOCTOR.
GERMAN.
DOCTOR.

¡Es cierto!
¡El mío!
¡Señor!
¡Y en vos se cobija
aquel monstruo de maldad!
¡Dios clemente!

GERMAN.
DOCTOR.
GERMAN.
DOCTOR.

¡Hablad! ¡Hablad!
¡Miserable!
¡Era mi hijo!
¡Qué!

¡Mi templo profanastes
de mi deshonra en acecho!
¡Tú del altar de mi pecio
aquella virgen robastes!
¡Tú heristes, hombre malvado,
con tu pasión homicida,
de un solo golpe su vida,
y mi nombre immaculado!
¡Tú de la deshonra el yugo
encadenaste á sus pies!
¿Cómo extrañar que después
se hiciera este hombre verdugo?
¡Sabe, y en vano te exijo
el secreto, pronto acabas!
¡El hombre que rechazabas
para María, es tu hijo!

GERMAN.
DOCTOR.

¡Mi hijo!
Sí; yo le he educado
yo su orfanidad protegí
y hasta mi nombre le di
para que viviera honrado!

GERMAN.
DOCTOR.

¡Mi hijo! Descorred el velo,
Señor, que mi mente ofusca!
¡Busca en Dios consuelo, busca!
¡No le hay para tí en el cielo!
(German durante el razonamiento del Doctor ha
brá dejado ver su enojo y el desfallecimiento de
sus fuerzas cayendo en un sillón.)
¡No hay quien tu perdón reclame,
ni quien sienta tu amargura!
¡A mi hija cándida y pura!



tú la matastes, infame!
 ¡En tí su mirada fija
 está el castigo esperando!

GERMAN. Doctor... que me estais matando!...

DOCTOR. ¡Tú asesinaste á mi hija!...

GERMAN. ¡Ella por mí al cielo ruega!

DOCTOR. ¡En vano, en vano batallas!

¡Que ni una lágrima hallas,
 porque el cielo te la niega;
 y no esperes compasión,
 que yo con él te maldigo!

GERMAN. ¡Doctor... no hay mejor castigo
 que el castigo del perdón!

DOCTOR. ¡Triste, miserable suerte
 que con la hiel me convida!

¡Yo debo alargar su vida
 cuando ambiciono su muerte!

¡Señor, lo que estoy sufriendo
 mi sacrificio coroné!

German, que Dios te perdone!
 (El Doctor va á marcharse y German cae de ro-

dillas.)

GERMAN. ¡Doctor... que me estoy muriendo!...

DOCTOR. Es verdad. Rencor inmundo,
 lejos de mí. Basta ya.

Soy el médico que está
 al lado de un moribundo.

Que vuestro hijo ignore... Si.

GERMAN. Mas le quisiera abrazar...
 Tal vez pudiera llorar...

DOCTOR. Silencio, ya están aquí.

ESCENA ÚLTIMA.

GERMAN, el DOCTOR, MARIA y CÉSAR; ella por la puerta
 izquierda y él por el foro. Al oír la voz de César, German
 se levanta y corre á abrazarlo.

MARIA. ¿Qué pasa?

CESAR. ¿Padre?

GERMAN. ¡Hijo!...

